

Punto de Vista

Feliz cumpleaños

Victoria Armesto

Publicado en La Voz de Galicia el 12 de junio de 1990.

Hace un par de horas me llamó una señorita de la televisión para decirme que, puesto que hoy es mi cumpleaños, el señor Arozamena había decidido invitarme para que participara en su programa mañanero en la primera cadena. La llamada fue como si me arrojaran un cubo de agua helada pues había pasado todas estas últimas semanas relegando el recuerdo del día 12 de junio como quien ahuyenta un pesado e inoportuno abejorro.

Cada 12 meses una va cumpliendo un nuevo año, cierto, pero entre los sucesivos cumpleaños hay fechas trascendentes y señaladas que instruyen la sucesión en los distintos estados del ser. Los 15 señalan el fin de la niñez, los 25 el de la primera juventud, los 50 es el primer paso hacia la vejez y los 65 marcan la vejez oficial y administrativa, si bien, como nos decía Joaquín Calvo Sotelo en una bella y reciente conferencia en La Coruña, la vejez auténtica y real sólo comienza a los 70. El Estado, cruel madrastra, se adelanta cinco años a lo evidenciado por la naturaleza.

Resulta que, como nací en La Coruña un 12 de junio del año 1925, hoy cumpliré 65 años. Este cumpleaños, que no celebraré excepto por lo de tener que acudir a la televisión y por oír una misa, me ha obligado a hacer un largo examen de conciencia y al cabo del cual no he tenido más remedio que reconocer que, sopesados los pros y los contras, he sido, y soy, un ser afortunado.

Primero, por haber nacido en una ciudad tan hermosa como La Coruña y en una casa palacio (que por desgracia ya no existe) que miraba directamente al mar. Segundo, todo el entorno de mi infancia estuvo rodeado de belleza, un pazo mariñán con un jardín de ensueño, una biblioteca con libros franceses encuadernados en cuero, daturas, magnolias, fuentes encantadas y estatuas... Nací en una familia vieja donde se conservaban las tradiciones de hidalguía, aprendí a saludar a las personas mayores haciendo una reverencia, aprendí a ser gentil con los ancianos y amable con los pobres.

Tuve la suerte de no morir en la infancia de tuberculosis y recobrar la salud en ese portentoso invento de Felipe II, que no sé por qué estos días me obsesiona tanto (aun escribiré otro artículo sobre el tema).

Tuve suerte de haber nacido bonita y aún más suerte de no haberme preocupado nunca por esta condición, de forma que su desaparición inevitable no me causará el más mínimo tormento.

El primer recuerdo de mi vida es el advenimiento de la II República en Madrid, acontecimiento que presencié en la calle de Alcalá, de la mano de mi niñera Pilarita, la pobre destinada a morir poco después tuberculosa. Aquel estremecimiento de júbilo del pueblo está todavía presente en mi memoria y no me parece casual que sea este mi primer recuerdo.

Contemplando mi vida como en panorama, considero afortunada mi boda, por cuanto las enseñanzas que recibí por parte de un periodista tan sagaz y experimentado como es mi marido, Augusto Assia, contribuyeron a mi propia formación personal y tuvimos además la suerte de tener a Juan y ahora a nuestros tres nietos: Santiago, Cristina y María Victoria.

También fue suerte haber podido formar mi personalidad en América y haber adquirido allí esos atributos del ejercicio democrático, de la espontaneidad del ser, de la ausencia de un sentido clasista o discriminatorio, así como la total carencia de envidia que tanto me iban a servir en el futuro. América me moldeó, me formó, me dio la vuelta como se le da a un calcetín. Abandoné España como una joven decimonónica, formada incluso en los aledaños del feudalismo, volví formando parte de la revolución tecnológica.

No sólo en América vi el amanecer de la robótica y los prodigios industriales que iban a cambiar la vida en el planeta sino que tuve ocasión de conocer personalmente y en ocasiones tratar con familiaridad a personas que hoy forman parte de la historia. Un Kennedy, pongo por caso.

Fue suerte haber abandonado una España que languidecía al margen de la Historia para observar, desde el corazón de Alemania, como la libertad, acaba haciendo ricos a los países y como las tiranías cuando son muy profundas acaban destruyéndolas. La comparación entre las dos Alemanias me impresionó tanto que me juré jamás vivir bajo el dominio comunista, considerando esta ideología como una fuerza dirigida a la destrucción de los valores morales del hombre.

Ha sido para mí la más maravillosa de las vivencias haber contemplado el ocaso y el fin del comunismo, el resurgir de la libertad en las naciones esclavizadas y la reunión de la vieja nación germana bajo el mismo ideal democrático.

Pero en el nivel nacional, en el curso de estos 65 años, he podido vivir también, partiendo de la tragedia de una guerra civil que ensombrece mi infancia, el progresivo cambio de un sistema autoritario que se va dirigiendo inexorablemente hacia los valores democráticos.

Fue para mí una suerte y una gran experiencia haber vivido como diputado por La Coruña los años trascendentales del cambio político en España. Desde un privilegiado puesto en el Congreso, no sólo fui un testigo de excepción del trascendental proceso sino que la condición de diputado me dio ocasión de liberar unas ciertas tendencias de servicio misional que son una de las facetas de mi personalidad. Una personalidad escindida, por cuanto soy Géminis.

Esta dedicación tan extremada durante dos décadas me enorgullece y quizá en esta década se evidenciaron muchas de las virtudes heredadas de las que hablaba al principio.

Sin embargo, también me alegro de haber escrito libros que tratan de acompañar el conocimiento y la espontaneidad. Es también circunstancia afortunada haber podido vencer viejos demonios que tanto me pudieron atormentar en su momento: la timidez enfermiza, el pavor a viajar en avión, la desconfianza ante la suerte.

De mi trato con personas mayores y de superior experiencia aprendí tanto como con los libros y fue halagador haber sido estimada por personas superiores de la intelectualidad galaica.

Otra suerte es haber estado siempre tan ligada a la tierra y pasar gran parte del tiempo en un lugar tan bonito como Xanceda, que no sólo es bueno para vacas sino también para personas, animales y cosas.

¿Motivos para arrepentirse? No faltan, pero también se aprende con las equivocaciones y los errores. Y hay que tener humildad. La vida, al haber estado en largas etapas tan cerca de los centros del poder, me ha ido

enseñando que los hombres pueden ser serviles y se afanan ante los poderosos pero, por suerte, yo he tenido siempre bastante con lo mío y no he necesitado halagar a nadie ni menos humillarme ante el poder, autoritario o democrático.

He tenido también la suerte de haberme criado en una familia de observancia cristiana y, a pesar de todos los embates del materialismo, haber mantenido yo misma la fe. No soy una cristiana perfecta, pero soy cristiana y formo parte de esa comunidad de hombres y mujeres ligados por un sentido trascendente de la vida. Esta fe permite afrontar los golpes más duros que he recibido. Entre ellos quizá el más doloroso haya sido la muerte prematura de mi hermano Emilio, que era una criatura extraordinaria, digna de que le dedicara un ensayo.

También es suerte para mí llegar a los 65 años en posesión de tres profesiones o dedicaciones: escritora, empresario agrícola y ama de casa, pues es sabido que en el ejercicio de estas actividades uno no se jubila nunca.

Siempre hay que limpiar las casas y hacer u organizar la comida, siempre hay que hacer la vendimia, vigilar el manejo de los establos y a cualquier edad se puede escribir un libro.

Me doy cuenta de mi suerte si la comparo con la de tantos profesionales que, en plena forma física y mental, se ven de la noche a la mañana separados de sus puestos de trabajo, relegados a sus casas mientras que el cicatero Estado recompensa (es un decir) sus sacrificios con unas pensiones a todas luces miserables.

Hemos visto caer tantas tiranías, la del retiro obligatorio a los 65 años de esas desaparecerá un día y la gente se jubilará a la edad en que ya no pueda desempeñar correctamente sus obligaciones. Así ocurre hoy en los Estados Unidos y en otras naciones avanzadas.

No considero que el ser mayor, o ser viejo para el caso, constituye ninguna desgracia sino por el contrario es motivo de alegría, sobre todo si uno está bien de salud y no le duele nada. De arrugas u otras flaquezas físicas yo siempre me he preocupado poco, pero no censuro que quienes padezcan por ello pasen por los quirófanos de la belleza.